

XV Domingo de Tiempo Ordinario

- Dt 30, 10-14. El mandamiento está muy cerca de ti para que lo cumplas.
- Sal 68. R. Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
- Col 1, 15-20. Todo fue creado por él y para él.
- Lc 10, 25-37. ¿Quién es mi prójimo?

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Se nos propone este domingo reflexionar sobre la Parábola del Buen Samaritano, que sólo relata el Evangelio de San Lucas, y que viene a dar respuesta a una pregunta que se hacían los maestros de la Ley en tiempos de Jesús: «¿quién es el prójimo?».

Para algunos maestros, prójimo era sólo el que pertenecía al pueblo de Israel, o incluso el que pertenecía a la propia tribu, de modo que en la relación con los demás no obligaba el precepto amarás al prójimo como a ti mismo. El extranjero no entraba en esa categoría. Por eso, en la parábola, Jesús responde claramente que prójimo es cualquiera que sufre alguna necesidad o carencia. Y Lucas, el evangelista de la misericordia, quiere transmitirnos esta enseñanza de Jesús.

El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. Es el mismo amor que se dirige a Dios, que está en cada hermano. Cuando hacemos un servicio al prójimo se lo hacemos al mismo Dios (Mt 25, 40). Quien practica este único mandamiento ése tal participa de la vida verdadera.

Si el prójimo para los judíos era simplemente el de su país y el de su raza, un “samaritano” era considerado como hereje, ya que no formaba parte del pueblo elegido. Prácticamente era considerado como un pagano, que no entraba en el plan de salvación de Dios. Jesús deshace este modo de pensar. Y, como en otras ocasiones, pone de modelo a un personaje herético.

Así, ni el sacerdote judío, encargado de ofrecer el culto a Yahvé, ni el levita, especialista en el cumplimiento de la ley, descubren al prójimo. Y pasan de largo, sin ayudarlo, y con el miedo de ser contaminados y cometer pecado por la aproximación al necesitado.

El que entiende quién es el prójimo es el samaritano que sintió lástima del herido; se acercó, le vendó las heridas, le ungió y le llevó a la posada. Lucas describe todos los gestos y pasos, tan delicados, del samaritano que entiende y atiende al desvalido con toda delicadeza y amor.

Y luego da una lección clara al maestro de la Ley: «Vete y haz tú lo mismo». Por supuesto que los primeros prójimos (próximos) son los de la misma familia. Pero, también aún aquellos desconocidos, que, por casualidad o por providencia, pasan cerca de nosotros.

Hemos de recordar que Lucas presenta esta parábola en el camino a Jerusalén, mientras instruye a los discípulos sobre cómo ha de ser la Iglesia naciente: una

posada donde Jesús, el Buen Samaritano, nos encomienda los cuidados de todos aquellos heridos que va encontrando por los caminos.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

¿Somos, como comunidad cristiana, conscientes de que Jesús nos encomienda los cuidados de nuestros hermanos heridos?

- No podemos relacionarnos con el Señor en la oración si no vivimos la misericordia, caridad y justicia con el prójimo.
- No podemos comulgar con el Señor en la Eucaristía, si no comulgamos con el Señor, que vive y sufre en el hermano.
- No podemos acercarnos a la comunión sacramental si no queremos reconciliarnos con el hermano.
- No podemos orar con conciencia tranquila si sentimos resentimiento u odio al prójimo (Mt 5, 23-25).

El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. Tanto amamos a Dios cuanto amamos al prójimo, con obras más que con palabras.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Señor, quiero vivir esta enseñanza que Jesús, tu Hijo, nos ha dado tanta claridad. Haz que yo supere todos los rechazos que siento hacia mis hermanos. Haz que sepa comprender y perdonar.

Quiero sintonizar con los gestos de Jesús, que se acerca a los “pecadores”, maltratados y olvidados de aquella sociedad. Quiero purificar mi amor a los demás. Quiero entender que el amor que Tú me regalas debo manifestarlo a mis hermanos, aunque no me caigan bien.